

## RESEÑAS

### CRÍTICA Y ENSAYO

Franklin García Sánchez. *Tres aproximaciones a la novela histórica romántica española (mimesis y fantasía en la novela histórica romántica)*. Ottawa, Dovehouse Editions, 1993, 185 pp.

No se trata en este libro de analizar la novela histórica-romántica, como sugiere el título, sino de estudiar tres novelas representativas de ese período: *Los bandos de Castilla*, de López Soler; *El doncel de don Enrique el Doliente*, de Larra, y *El Señor de Bemibre*, de Gil y Carrasco. El espacio dedicado a cada obra es diferente. *El doncel* ocupa tanto como las otras dos juntas, siendo la de Gil y Carrasco —con treinta páginas escasas— la que menos. En el libro de García Sánchez, los recursos críticos de que se vale el autor han sido expuestos en el análisis de las otras dos novelas y, al llegar a *El Señor de Bemibre*, el crítico prefiere remitirnos a las páginas anteriores antes de insistir en lo ya dicho.

Según la introducción, este trabajo se propone «captar con cierta precisión un momento específico de la transformación de la forma novelesca en la Península» (7). El autor, mediante un análisis minucioso de los textos, busca los deslindes entre lo mimético y lo fantástico. El buen conocimiento de los métodos de crítica literaria le permite también recurrir a la historiografía y a la teoría cinematográfica contemporánea. Para estudiar los recursos realistas e irrealistas del texto, tiene en cuenta el marco histórico, el costumbrismo, los personajes y la enunciación.

En *Los bandos de Castilla*, López Soler trata de introducir otras formas de ficción y libera su obra de la carga documental propia de la novela histórica. La narrativa gana fluidez y de ello se beneficia la novela. El realismo se nota principalmente en la descripción visualista, plástica, de los espacios, poniendo gran énfasis en los efectos cromáticos. No sería arriesgado identificar este recurso,

dice el autor, con la forma narrativa de carácter cinematográfico. El costumbrismo se basa en esta obra en la tradición trovadoresca, mientras que el análisis psicológico de los personajes intenta calar en su interior, sin apurar las situaciones extremas para que el lector pueda intuir por sí mismo la evolución de cada uno de los caracteres. Esta clase de sugerencias forman parte de los recursos usados para presentar la pasión ascendente de Matilde, que es, según el crítico, uno de los mayores aciertos de la novela. En conclusión, *Los bandos de Castilla* es un relato gótico-romántico-realista con momentos dramáticos y melodramáticos, donde realismo y subjetivismo tratan de mantener un equilibrio.

La parte dedicada a *El doncel* es, como queda dicho, la más extensa, pero también contiene lo mejor de este libro, quizás porque el autor se guía más por su intuición crítica que por modelos teóricos prefijados. El realismo en la obra de Larra se estudia mediante un análisis del fondo histórico contenido en la novela, de la descripción física de los personajes y del tratamiento psicológico. Las descripciones, puramente documentales, el visualismo y dinamismo de ciertos pasajes del texto, presentan cuadros y formas precinematográficas mucho antes de la cinematografía, las cuales pueden hallarse también, dice el crítico, en obras como el *Cantar de Mio Cid* (75). Larra se vale de los arcaísmos y del teatro, cuya influencia es fácil detectar en los impulsos de los personajes, para ofrecernos un realismo psicológico. La ampliación de episodios, creación de personajes nuevos ajenos a la realidad histórica, la hábil intervención del narrador, etc., son recursos de hipertextualidad. Al negar el narrador que se haya «desenterrado» alguna leyenda antigua para crear la obra, está alterando la diégesis con el fin, dice el autor, «de ampliarla y de asegurarse mayor campo lúdico» (88), pues, al negar su deuda a otras fuentes históricas, se libera, dando a la narración todo tipo de posibilidades. Y no hay duda que la mejor de esas posibilidades, que Larra emplea con su gracejo inimitable, es el buen uso de la comicidad de origen cervantino. García Sánchez estudia los préstamos y transformaciones de la prosa del *Quijote*, que valen en *El Doncel* para hacer «una descripción burlesca de tipo degradante, grotesco, hiperbólico» (92), porque Larra sabe darle al *romance* «un carácter de verdadera fiesta narrativa, de carnaval textual» (94). La comicidad se halla también en el fondo teatral que impregna toda la novela y que

se estudia en este libro desde el punto de vista de la acción, de los diálogos, de los soliloquios y de los personajes.

Después de rastrear las influencias de la novela bizantina y de la novela gótica, el estudio se centra en el papel del narrador y su relación con el narratario, a través de lo que el autor llama pulsaciones actualizadoras, historicistas, lúdicas, hipertextuales, fantasmáticas y líricas —que convergen de una manera o de otra en el narrador—, para terminar la parte dedicada a *El Doncel* con un análisis de la «pulsación comunicativa», que indaga la relación íntima entre narrador y narratario. El autor enumera indicios de esa comunicación, ya implícitos, ya directos, que agrupa en dos tipos (A y B) divididos a su vez en subgrupos, y afirma que en la boca de Larra hay un narrador comprometido que intenta hacer cómplice al narratario.

De las tres obras estudiadas, *El Señor de bembibre* es la que se aproxima más a la estética realista, según dice el autor. Esto no quiere decir que no se dé en ella la fantasía, muy bien estudiada aquí junto con el impulso mimético, entendiéndolo por tal «la tendencia a integrar, dentro del heterocosmos propio de la ficción, formas aproximables, aunque con un grado variable de fidelidad, a las experiencias propias de la realidad» (142). Hay una sutil interpretación del uso que Gil y Carrasco hace del espacio y del paisaje, captado a veces en la novela desde una perspectiva impresionista y cargando las descripciones de un subjetivismo que convierte lo real en maravilloso. Aunque el novelista manipula el texto para defender su posición ideológica, hace gala también de varios recursos no carentes de fantasía. De éstos, el crítico destaca la hipertextualidad bíblica y teatral, la comicidad y las máscaras.

Una lástima que el autor no haya tenido la oportunidad de consultar el excelente estudio de Alvarez Barrientos sobre la novela del siglo XVIII. De todos modos, este es un libro muy útil y bien editado, dentro de una serie que cuenta ya con importantes títulos, y que termina en una conclusión —en realidad un capítulo más— donde se sugiere la necesidad de una obra que estudie las formas prefilmicas en las descripciones costumbristas del siglo XIX y su evolución hasta la llegada del cinematógrafo. Como se indica muy bien, desde finales del siglo XVIII hasta 1830 hay un gran interés en el mundo científico por todo lo visual, cuya culminación será el cine, tema que García Sánchez promete abordar en otro trabajo.

Duquesne University

GREGORIO C. MARTIN